

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

GIOVANO.

A E.....

Como todos mis pensamientos son tuyos, tuyos deben ser también los que encierre la sencillez, pero triste historia de Giovano.

Te pertenece, y por eso te la dedico.

Aceptala como un recuerdo, y... nada más.

Poco vale, porque es mía: mucho, muchísimo, porque está escrita bajo la expresión de tu magnética mirada.

Si á lo menos te dignas leerla, tendré el placer de que entretanto pienses en mí, sino como piensa una mujer enamorada, como piensa cualquier lectora en el autor de lo que lee.

I.

¡Qué hermosas son las noches de Venecia! De Venecia, esa bellísima ciudad del mar Adriático, ninfa adormida al manso arrullar de las mansas olas, en que se refleja su hermosura.

Cuando la tierra duerme, después de que el sol se ha retirado tras las lejanas colinas, parece una ciudad de fantásticas hadas, al brillo de la luna, ese astro querido de los amantes y de los poetas.

Todo calla en la ciudad: solo se percibe de vez en cuando, alguna góndola que atraviesa azotando con los remos acompasadamente las aguas del canal, los gritos lejanos de *bravi* que riñen, ó las acordadas trovas de algún enamorado mancebo, que canta sus sentidas quejas bajo la cerrada ventana de la mujer que adora.

Y sin embargo, en una de las calles más retiradas de la ciudad, el brillo de una luz da á conocer que en el interior de una modesta habitación, alguien pena en desvelado afán las horas del reposo.

¿Quién vela á tales horas en la ciudad de los encantos y de las alegres mascaradas?

La luz que brilla trémula consumiéndose en la bugía, alumbrá el interior de una estancia, en la cual algunos caballetes con cuadros empizados, cajas de colores, tientos, varios cuadros y relieves en yeso cubriendo las paredes, y una mesa cubierta de papeles y dibujos, demuestran la ocupación de su dueño. En efecto, allí vive Giovano, el pintor de cuadros de mas profundos pensamientos que ha producido la escuela espiritualista. Sus obras no revelan solo el perfeccionamiento que ha conseguido alcanzar en su arte, demuestran su imaginación creadora, su levantado espíritu.—Es un pintor poeta, porque la poesía no es solo la que escribe versos: la poesía es el sentimiento de todo lo grande, de todo lo elevado, de todo lo bello.

Giovano recibe incesantemente los aplausos de la multitud que admira sus obras, las merecidas alabanzas de sus amigos y el silencio de la rabiosa envidia que impotente se revuelve contra sus obras. La gloria, esa caprichosa deidad, que necesita para cantar las alabanzas de

sus escogidos, sentarse á la orilla de sus sepulcros, le ha anticipado sus favores y ha ceñido su inspirada frente con la corona de los genios.

Y sin embargo, Giovano no es feliz.

Sus ojos negros, melancólicos, y rodeados por bajo de los párpados inferiores de esas azuladas tintas, que imprimen el insomnio, el trabajo y el sufrimiento; se fijan mas de una vez en el cielo, como quien solo en él busca consuelo á sus dolores. Alguna vez rueda por su mejilla una lágrima solitaria, ó se escapan de su pecho tristes suspiros.

¿Qué es lo que hace sufrir al pintor-poeta?

¿Cuál es la historia de aquel corazón tan fuertemente impresionado?

Giovano apenas cuenta veinte y cinco años; está en la primavera de su vida, en esa edad en que todo se ve á través de un prisma de color de rosa; en esa edad de la dicha y de los amores; y sin embargo, para él el horizonte está cubierto con un velo de luto, y los placeres de la vida son ridículos sarcasmos que destruyen su corazón.

No es su figura hermosa, pero tampoco presenta ninguna de esas deformidades que inspiran repugnancia ó que escitan la risa de la necia sociedad, que no puede perdonar los defectos de sus víctimas. De estatura elevada, ojos negros, tez morena, aunque algo embastecida por la continua aplicación al trabajo y el ardiente sol de Venecia; ligero bigote negro, de cuyo triste color es también su rizada cabellera; hay, sin embargo, en toda su persona un no sé qué de abandono y de indiferencia, poco apropiado para despertar las simpatías de las hermosas, á quien mas cautiva la estudiada afectación de un necio, por mas que bajo los esquisitos adornos de su traje guarde un corazón de cieno.

Giovano había nacido en España; se deslizó su infancia en las floridas márgenes del Guadalquivir, y el deseo de la gloria, el amor á su divino arte y el cumplimiento de un sagrado deber, le llevaron á Italia después de gozar ya alguna fama como pintor en el país donde se mecía su cuna.

Sus ancianos padres, que ocupaban una buena posición en la ciudad, habían sufrido una serie consecutiva de desgracias que les habían puesto cerca de la mas espantosa ruina. El peligro era inminente; Giovano lo conoció, y se propuso salvar á los autores de sus días, aun á costa de mil privaciones y de su salud misma.

Constante en su pensamiento partió para Italia, y allí con sus obras había conseguido merecido renombre, y realizar su filial deseo, que no era otro sino el de poder decir algun día á los autores de su existencia.

—Vivid ya tranquilos, padres míos: gozad los días de vuestra ancianidad gozosos y serenos, que por fin Dios ha premiado los esfuerzos de vuestro hijo; ya terminaron las angustias; la ruina que os amenazaba ha desaparecido, y ya en calma podéis respirar libres de pesares. Bendicidme, padres míos, para que Dios me bendiga.

Constante en esta idea, su juventud había pasado entre las privaciones de todo género, que había tenido que imponerse para realizar su pensamiento, y entre los mil disgustos que le proporcionaba la lucha que se impuso. ¡Cuánto sufrimiento, cuántos afanes!... Dios, sin embargo, le otorgó el inestimable don de conservar la existencia de los que le dieron el ser, y esto era su mejor recompensa.

Pero ¡ay! que aquel corazón, calcinado desde su infancia por el ardiente sol de Andalucía, se agostaba en su juventud, ansioso de encon-

trar en las delicias de un amor, tal como su imaginación de artista y de poeta lo comprendía, el consuelo á sus insólitos pesares. Nacido para amar, si alguna vez había buscado el amor, solo había encontrado mugeres de bellas formas, pero de corazón vacío, que al conocer la ternura de su alma se habían burlado de la pureza de su amor. Así es que combatido por tan opuestos vientos llegó un día en que no sintió latir un corazón seco y sin vida, marchito y sin frescura por el desconsolador ambiente del desengaño. Entonces dedicó toda la fuerza de su alma á su arte divino, y por eso brotaron bajo su pincel los mágicos cuadros que admiraban los inteligentes, y que formaron su reputación; pero en los cuales, sin embargo, nadie comprendía se ocultaba la historia de un corazón sin esperanza.

II.

Llegó un día, sin embargo, en que el alma de Giovano sintióse conmovida por una sensación dulcísima y halagüeña.

Recorriendo las calles de Venecia había visto á una mujer, mas bien una niña, que hizo palpar las casi muertas fibras de su corazón.

Era una joven, que aunque ya había visto la luz de diez y ocho primaveras, parecía que estaba en la primera edad de su juventud, en los quince años. Su tez pálida, sus ojos de expresión dulcísima, su rostro todo de un encanto indefinible, le conmovieron profundamente; pero al principio el desgraciado pintor no creyó que aquel estremecimiento ocultase los gérmenes del amor.

Pasó algun tiempo. La casualidad ó su destino le acercó á aquella mujer, y llegó un día en que al sentir su corazón inquieto ante su naciente belleza, se encontró, admirado, que amaba ciegamente. ¡Amar! ¡cuándo ya creía muerto su corazón! ¡Oh! aquel momento fué para Giovano de una felicidad suprema. Sintióse volver á la vida; el cielo de Venecia parecióle mucho mas diáfano; sus pinceles corrían sobre el lienzo trazando maravillosos cuadros, y todos comprendían que se había obrado en él una transformación extraña.

Ya solo ansiaba verla; ya en su poética imaginación se forjaba un porvenir de felicidad y de amor al lado de aquella mujer adorada, pues nunca asaltó su imaginación, ébria de placer por haber hallado la realidad de sus ilusiones, que ni su figura podía inspirar amor, ni que su destino era hallar la felicidad en la tierra.

Sin embargo, amó con locura, con delirio, como hombre alguno había amado ni podido amar; y abandonado á su pasión, nunca pudo esperar el triste fin de sus volcánicos amores.

Hacetiempo que pasó la historia que os contamos. Ya ha muerto Giovano. Yo fui su último amigo, y conservo como un tesoro algunas hojas de su cartera, que me entregó al tiempo de morir, y en las que algunas páginas, borradas á trechos por sus lágrimas, me dieron á conocer la triste historia de su desgraciada pasión. He aquí algunas:

«Jueves 15.

«¡Oh! por fin he encontrado la felicidad: Enriqueta me ha dado esperanzas. Gracias, Dios mío, gracias, pues vais á concederme el amor de uno de vuestros ángeles.

«La he dicho temblando mi pasión... ha querido sin duda ponerla á prueba, y me ha sujetado á mas de una, terrible y desgarradora. ¡Oh! pero yo todo lo he arrojado; aunque tu-

viese que atravesar un horno ardiendo por encontrarla, me lanzaría á él. ¿Cómo había de abrasarme su fuego, si es mas activo el que devora mi corazón?

«¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! dadme el amor de la doncella de los dulces ojos, aunque en seguida me arranques la existencia.»

«28 de junio.

«Ya ha terminado mi sufrimiento.

«Pinceles y colores, dadme un lienzo, que hoy me siento con fuerzas para ser inmortal. ¡Me ama, me ama!... ¡Me lo ha dicho! ¡Oh, Dios mio! dadme fuerzas, que mi corazón no las tiene para tanta dicha.

«Pero ¿será verdad? ¿Es posible que me ame Enriqueta? ¡Oh! ¡me parece un sueño, una ilusión, ángel mio!

«Me arrojaría á sus pies... besaría la tierra que pisa; lloraría de placer; la estrecharía contra mi corazón... ¿qué se yo? .. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ahora que me ama, conservadme la razón, que siento abrasarse mis sienes y temo volverme loco de placer.»

«15 de julio.

«¡Ay! ya no hay esperanza... He soñado en el cielo para despertar en la tierra. Había creído que era amado, y sin embargo, no he inspirado mas sentimiento que el de la amistad, ó lo que es peor, de un cariño que no puedo comprender.

«Con la ingenuidad de su alma de niña me ha confesado no la he llegado á inspirar mimisma pasión... bien me lo temía. Era demasiada felicidad.

«Verdad es que dice podrá amarme, verdad que me ofrece que *algún día* participará de mi amor. Pero ¡ay! esto es imposible...

«Para delirar por ella, no necesito esperar al tiempo...

«¡Oh! Dios mio; ¿por qué en vez de haberme concedido triunfos en mi difícil arte, no me habeis hecho hermoso para que ella me adorara? ¡Malditos mis pinceles, malditos mis cuadros, maldita mi gloria, que no me alcanzan mas que un átomo de cariño!

«Yo me abraso de amor... y la pasión que me inspira me devora las entrañas... y ella, sin embargo, no la siente... y cada día que pasa me lo repite con su franca ingenuidad... ¿Para cuándo es tu poder, Dios mio? ¿Por qué no haces que me ame como yo la amo? ¿Que calme la terrible agonía que su desamor me causa?

«No... no hay amor en el mundo... es mentira... Solo me resta el cielo como única esperanza... solo el amor de mi Creador, puede ser el amor que calme la sed abrasadora de mi amorosa fiebre...

«Enriqueta, Enriqueta, Dios te bendiga y te colme de felicidad.»

Aquí faltaban muchas hojas de la cartera. Solo al final de ellas, se veían escritas con lapiz algunas palabras casi ininteligibles.

«4.º de diciembre.

«Adios, madre mia.—Te escribo desde las orillas del Guadalquivir, donde pasé mi infancia, y donde quisiste viniera á respirar los aires puros y saludables del país, creyendo que la enfermedad que me consumía desaparecería á su benéfico influjo.... ¡Ay, madre mia!... mi enfermedad está en el corazón... yo no puedo vivir sin su amor, y por mas que he hecho, ella no me ama... bien te lo había dicho... no puedo ser amado; y yo, que como las flores, sin el agua y el rocío no pueden vivir, muero falto de la benéfica influencia del astro de mis amores. No la culpo á ella. Tan compasiva como hermosa, compadecida de mi pasión, ha hecho cuanto ha podido para amarme; pero, lo conozco, no lo ha conseguido... Esa sería mi suerte...

«Ella encontrará al hombre que sea digno de su amor... para mí no le hay.—Que sea feliz.

«Adios, madre mia. Guardad de mis cuadros los que queráis, y el resto vendedlo, y dad su importe para que vivan felices á Prieto y Frezolina, nuestros criados. Se aman... sean felices, y recuerden el nombre de su desgraciado señor.

«A ella, á pesar de todo, mandadle mi retrato, pues me quería como una buena amiga, y

sé que no dará al olvido el nombre de Giovano. «Adios, bendecidme y perdonadme si no he podido ser superior á mi desgraciada pasión.»

Hace tiempo que lei por última vez las páginas de la cartera de mi amigo. Las revoluciones políticas me lanzaron fuera de mi patria, donde he pasado algunos años.

A mi vuelta pasé por Sevilla, y quise visitar el último asilo de mi amigo. Encontré todavía la corona de siemprevivas que puse en la cruz de su sepultura, y al recordar la triste historia de aquel corazón que murió agostado por el fuego de un amor sin esperanza, no pude dejar de derramar una lágrima á su memoria.

A poco encontré un día en el paseo de San Fernando una muger joven y hermosa... Era Enriqueta. Apoyaba su brazo en el de un apuesto coronel de caballería, y en todo su rostro demostraba que era feliz.

Al saludarla, sin embargo, me pidió noticias de mi amigo, y cuando supo su muerte, solo me contestó con esa indiferencia que se repite todos los días una frase vulgar:

«Pobre Giovano!

Después siguió su paseo alegre y sonriendo, entregada en un todo á la felicidad de que gozaba.

Una tarde, sin embargo, en que volví á visitar el sepulcro de mi amigo, encontré una muger arrodillada y orando junto á él. Por un momento creí si sería Enriqueta, y en verdad me alegré de ver que consagraba un recuerdo á su desgraciada muerte.

Me había engañado... era su madre!!!

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Continuacion).

Mr. Desronest era uno de esos hombres fútnos de la clase media, que han *reinado* en Francia por mucho tiempo. Desde que había comprado una fábrica, cerca del castillo de Plenoel, se afanaba por cuanto podía ponerle en contacto con su noble vecino, y Dios sabe con qué solemnidad pronunciaba estas palabras: *señor conde*, que repetía en la conversacion á cada instante.

Tenía otra frase, su frase favorita, que decía con el mismo tono: *yo soy un buen ciudadano*. El énfasis aquí quería decir muchas cosas. Había en su modo de pronunciar estas palabras algo que parecía reunir todos los desdenes de la aristocracia, que sin embargo detestaba, porque él no era noble, y todo el mal humor de la democracia, que odiaba en extremo, porque era millonario.

Todo esto marcaba en él los contrastes mas singulares; pero era muy rico, y económico á pesar de que le gustaban el lujo y los placeres. Hasta solía entregarse á sus caprichos, para que no le quedase nada para favorecer á los indigentes; pero tenía una buena mesa, daba grandes comidas, y así, á pesar de su egoísmo y astucia, estaba muy considerado en el mundo y casi respetado. Por otra parte, como repetía á cada instante que era un buen ciudadano, lo tenían por un demócrata, lo que le valió toda clase de honores en aquel tiempo en que era moda adular al pueblo, á quien se creyó el poder mas fuerte después de la revolucion de julio de 1830.

Mr. Desronest tenía un hijo llamado Gustavo, buena figura, que había debido á la naturaleza excelentes instintos, y á su padre malos ejemplos. Este padre hubiera deseado mejor tener una hija, pues entonces habría conseguido fácilmente enlazarla con un duque ó con un príncipe, como acostumbra á hacer todos los banqueros demócratas de nuestra época.

Afortunadamente tenía una hermana, que según murmuraban, aspiraba á conquistar algun duque para la familia, lo que siempre era un

buen negocio. Esta hermana no era joven, y como el duque no se había presentado todavía, había tenido por conveniente el hacerse condesa por autoridad propia, pues como la muerte del viejo usurero Meron, su marido, la dejó una inmensa fortuna, estaba por consiguiente en posición de satisfacer todos los caprichos que le diese la gana.

La señora condesa de Meron, llegaba, pues á casa del conde en el momento en que este acababa de responder al mensaje de su hermano; pero venia únicamente de paso, y para decir que era preciso dilatar la visita á las tiendas, porque aquella mañana tenía que asistir á una reunion matinal de una princesa, donde debía encontrar á los principales personajes de la época, y donde iba á contemplar lo elegante de las nuevas modas.

—Sin mí, estaría fria la reunion, decía la condesa.

Pero viendo que el conde no podía reprimir una sonrisa irónica, se detuvo.

—De todo os burlais, le dijo. ¿Acaso pretendéis ver las cosas tales como son?

Y su mirada al decir estas últimas palabras parecía clavarse en Mr. de Plenoel, como intentando penetrar el fondo de su pensamiento. Luego añadió con una sonrisa:

—Eso sería horrible, y lo mejor que tendría que hacer en ese caso sería marcharme... Adios, pues, vais á comer á las seis en casa de mi hermano: tal vez yo no podré ir hasta las seis y media ó lassiete; pero no importa, pues las gentes de tono comen tarde; ademas, una muger á la moda debe hacerse esperar siempre.

La condesa salía de la sala cuando entraba Silvania con un cuadrito en la mano. Mad. de Meron se escusó de no poder acompañarla, admiró su belleza, habló de su sobrino Gustavo, y se marchó riendo, sin dar tiempo á nadie para decir una palabra.

Silvania no pensaba en otra cosa que en la pintura que tenía en la mano.

—Aquí teneis, padre mio, le dijo, una obrita hecha por una joven bien educada y pobre, que quiere dar lecciones; creo que es bastante para poderme dar lecciones á mí.

Y mientras Mr. de Plenoel examinaba el cuadrito, Silvania llamó á la señorita de Beville, que favorecía á la joven artista, y que había tomado por maestra para perfeccionar los estudios de pintura que ella había comenzado á dar á su discípula.

—No solamente, dijo la de Beville, tiene un talento superior la joven que ha hecho eso, sino que ademas es digna de ser protegida por muchos títulos. Perdió á su madre al nacer, y después su padre, que era empleado, murió, dejándole huérfana y sin bienes á los quince años. Una anciana criada que la cuidó en la niñez, no quiso abandonarla, y lloraba á su lado en la pobre casa, donde no quedaba nada después de pagados los gastos del entierro del que era su único apoyo. Pues bien, esa niña de quince años, que gracias á la bondad paternal, no había carecido de nada y no había sabido hasta entonces lo que era necesidad, tuvo de repente un movimiento de nobleza y de valor, propio de un corazón privilegiado:

—Vamos, Francisca; enjuga tus ojos, la dijo, como yo contengo mis lágrimas... se trata no solo de vivir, sino de vivir honrada y decentemente. Si no tenemos un cuarto en nuestra pobre casa, si los parientes de mi madre, que son ricos, no acudieron á auxiliarnos cuando recurri á ellos desde la cabecera del lecho de mi padre, no quiero que vayamos á pedirles nada hoy en mi favor. Me han rehusado los auxilios para un moribundo hermano suyo, así no son nada, ni nunca serán nada para mí. Preferiría morir de hambre en la misma cama en que mi padre ha muerto, sin tener el consuelo de verles una vez, á dirigirme á ellos. Todo lo vamos á vender, los muebles que hay y las pocas alhajas de mi madre, y con el dinero que valgan nos iremos juntas á Italia, donde quiero perfeccionar los conocimientos en pintura que debo á mi padre; á nuestra vuelta con esto podremos ganar la vida.

Y así lo hicieron. El cielo, que sin duda favoreció el valor de aquella joven, no quiso privarla de sus alhajas, que eran la herencia de su madre. Entre las pinturas de la casa había dos

cuadros de Greuze, ese pintor de la juventud sencilla, que fueron pujados muy alto en la subasta por los aficionados ricos, y llegaron al precio de seis mil francos. Así el genio de un pintor proporcionó á la jóven los medios de consagrarse á su afición á la pintura.

En efecto, la pobre niña acaba de pasar cuatro años en Italia, y vuelve con un talento admirable; pero en Francia, en nuestra época, el talento no sirve, sino que es preciso que la oportunidad, las protecciones y las circunstancias se reunan para poner en evidencia al artista que carece de celebridad todavía. Los recursos de la jóven se agotaron ya con el viaje y los gastos de establecerse en París; piensa dar algunas lecciones entre las gentes acomodadas, pero entre tanto, no solo estos cuadritos, sino las alhajas de su madre...

—¡Oh! eso sería muy cruel, exclamó vivamente Sylvania.

Su padre se sonrió, y exclamó aparte:

—Mis billetes de banco no se gastarán todos en las tiendas de modas.

En este momento anunciaron á Mr. Desronest. La señorita Beville hizo un gesto de mal humor, y Sylvania se preparó á volver á su cuarto; pero no sin acercarse antes á Mr. de Plenoel para decirle con acento cariñoso:

—Padre mio, ¿no es verdad que quereis mucho á vuestra hija, para nomimarla un poco?

Mr. de Plenoel miró á Sylvania alarmado, y trató de leer su pensamiento. Conocía que las compras, los cuadros y las lecciones no ocupaban enteramente su atención, y que en el corazón de aquella niña había un deseo oculto de una naturaleza mas importante; pero Sylvania abrazó vivamente á su padre, diciendo:

—Padre mio, ¿me permitiréis que esta jóven me enseñe la pintura? Inspira tanto interés, que la quiero ya con todo mi corazón.

Y al decir esto se marchó con la de Beville, en el instante en que se presentaba Mr. Desronest en la estancia del conde de Plenoel.

El conde de Plenoel, á pesar de su preocupación un poco triste, apenas pudo contener la sonrisa, algun tanto burlona, que asomó á sus labios cuando entró, dándose tono, el millonario demócrata y fátuo, Desronest. Era este pequeño, regordete, rechoncho y mal configurado. Sus ojos eran finos, su mirada astuta y escudriñadora; pero sus labios gruesos y colorados, y su nariz chata, daban cierto aire simple á aquel rostro encarnado como el de un hombre que despues de haber trabajado bien por sus intereses, no reconoce un placer mayor que el de sentarse á una buena mesa y permanecer largo tiempo en ella.

—Señor conde, tengo la honra de saludaros, le dijo con su énfasis ordinario y un poco de altanería, al mismo tiempo que se inclinaba profundamente con una humildad afectada.

El conde devolvió el saludo, con su elegancia sencilla y natural; todos sus movimientos eran graciosos y dignos, como los de los hombres altos y delgados.

El banquero conocía aquella dignidad sin poder comprenderla. Levantó la cabeza, miró al conde, y se esplicó con alguna timidez, á pesar de los esfuerzos que hacia para parecer osado.

—Un negocio importante me trae aquí á estas horas: lo que no impedirá ciertamente que nos veamos esta tarde á las seis; al contrario, será un motivo para que nos reunamos con mayor interés... pero debía haber comenzado por deciroslo.

—Sentaos, pues, dijo el conde sin mucho empeño, y veamos qué negocio puede mediar entre nosotros.

En el tono con que el conde dijo estas últimas palabras, había cierto orgullo que no dejó de comprender Desronest; pero sin embargo, el banquero no tenía ningun interés en dejarlo conocer, al contrario, comenzó por arrellanarse bien en el sillón, separó sus gruesas y cortas piernas, á fin de ocupar con su persona el mayor espacio posible, y repuso con una afectada ingenuidad:

—Entraré en la cuestión, señor conde. Yo, ya sabéis que soy un buen hombre, pero que paso por muy rico...

Al decir esto se sonrió con insolencia y miró

á Mr. de Plenoel, como aguardando algunas reflexiones sobre un hecho de tanta importancia; pero el conde no abrió la boca, y al cabo de un momento de silencio, Desronest prosiguió diciendo:

—Muy rico, muy rico... Lo cierto es que me hallo retirado de los negocios, ó poco falta; que mi fortuna está bien fincada, y no tengo mas que un hijo... un buen mozo de veinte y cinco años...

Desronest esperaba algunas palabras del conde, pero éste no desplegó sus labios. Un buen fisonomista hasta habría podido notar en su semblante un cierto aire distraído é indiferente, que parecía decir:

—¿Y qué me importa á mí eso?

Desronest no se desanimó; contentóse con querer tomar un tono malicioso, y continuó:

—Y vos, señor conde, no teneis mas que una hija.

El conde, sin moverse, contestó con aire indiferente.

—Una hija que no tendrá por cierto una gran fortuna; las revoluciones acaban con todo.

Iluminóse el rostro de Desronest, radiante de alegría, y una buena carcajada precedió á estas palabras:

—Eso es: el uno lleva un poco de dinero, y la otra contribuye con un linage ilustre, una antigua nobleza; la vuestra es de las mas antiguas, señor conde.

Aquí el conde se volvió por fin á mirar á Desronest, y le dijo con una sonrisa irónica:

—¿Y eso lo teneis por algo?

—Despues del dinero, respondió el banquero, no hay nada mejor, y me maravillo de vuestro aire irónico, porque... entre nosotros, y sin ofenderos, sois un hombre muy orgulloso... muy orgulloso...

—Sí, respondió el conde lentamente con gravedad y nobleza; sí, tengo orgullo de mis abuelos, porque he tenido algunos que figuran gloriosamente en los anales de nuestra historia, por haber defendido á la Francia esponiendo su vida, ó por haberla servido con su talento, y todo lo que ha hecho engrandecer nuestra nación entre todos los pueblos, merece nuestros homenajes respetuosos. Yo no soy de los que juzgan que se debe destruir el pasado para ensalzar el presente, y me creo mas patriota reconociendo y honrando así todos los servicios prestados, que negando una sola de las glorias que han ilustrado la Francia. Pero es preciso que haya habido servicios verdaderos.

—Esa es precisamente mi opinion, dijo Desronest estendiendo de nuevo toda su persona, que se había encogido un poco para oír y comprender mejor lo que decía Mr. de Plenoel. Si, esas mismas son mis opiniones, y motivos tengo para ello, pues yo tambien he servido al país, á Dios gracias.

Ahora le tocó al conde el concentrar bien toda su atención, para comprender las palabras de su interlocutor, cuyo rostro parecía henchido de orgullo y de alegría.

—Porque habeis de saber, señor conde, que yo he tomado parte en varios empréstitos que ha contratado el gobierno... Vuestros abuelos sirvieron al Estado en la guerra ¿no es cierto?

—A veces perdian cuanto tenían, y luego morian en el campo de batalla, respondió Mr. de Plenoel.

—Pues yo he servido al Estado en la hacienda, y en eso me he enriquecido.

Nada puede dar una idea del júbilo que se veía pintado en la fisonomía del banquero. De este modo añadió con una carcajada.

—Y ahí teneis toda la diferencia.

Es preciso conocer toda la finura despreciativa de que es capaz el desden aristocrático, para comprender la sonrisa del conde cuando respondió:

—En efecto, en eso está toda la diferencia.

Peró Desronest no se mordió la lengua, y con desden orgulloso, replicó penetrado del sentimiento de su superioridad:

—¿Acaso preferiríais que lo hubiese perdido todo, ó que á lo menos hubiese puesto algo mio en los negocios públicos? Bravamente se hubiera burlado de mí todo el mundo. ¡Oh! si no hubiera estado seguro de duplicar mis fondos, jamás habría adelantado un cuarto. Vaya, vaya;

eso es bueno para los antiguos, el hacer la guerra á sus expensas.

Y este pensamiento le pareció tan natural y exacto, que hubo de aumentar visiblemente la buena opinion que tenía de sí mismo:

El conde dió un suspiro. Las palabras del comerciante habían elevado sin saberlo á Mr. de Plenoel á una region superior á sus intereses personales, y de una importancia mucho mayor á sus ojos, porque se quedó meditabundo, triste y absorto, con grande sorpresa del banquero, que le miró por espacio de algunos minutos con atención, y no pudo menos de mostrarle su extrañeza con estas palabras:

—¿En qué estais pensando?

—Pienso, repuso el conde con una preocupación visible y respondiéndose á sí mismo mas bien que á la pregunta de Desronest; pienso que en todos tiempos ha habido hombres cuyo único afán ha sido enriquecerse; mas no creo que á ellos se deba confiar, no digo el poder, pero ni aun su defensa.

—Preocupaciones de la nobleza, dijo Desronest herido en lo vivo; todos los honores y recompensas son pocos para los ricos. Echad una ojeada á Inglaterra; todos los que gobiernan allí son mas que millonarios.

—Peró es de advertir, que no consideran sus millones sino como una de las fuerzas de su país, y acuden á su socorro el día de las calamidades con su propio caudal.

—Cada uno tiene sus principios, contestó Desronest con indiferencia. Los míos son que con el gobierno, lo mismo que con los particulares, no se deben hacer sino buenos negocios, y que la consideración y felicidad del hombre está en razón del caudal que posee. Pero volviendo á mi objeto, si no tuviera doscientos mil francos de renta, no podría venir á deciros: señor conde, os pido la mano de la señorita Sylvania para mi hijo Gustavo.

El conde había adivinado los fines del banquero, y sin embargo, experimentó una especie de repugnancia al oír aquellas palabras. Con todo, ocultó esta impresion desfavorable con una sonrisa, y dijo:

—Doscientos mil francos de renta es mucho dinero, y despues de semejante declaración no me atrevo á hablar de la modesta dote de mi hija. Yo apenas tengo quince mil francos anuales, que dividiré con ella cuando se case.

Desronest le interrumpió con una exclamación, diciéndole:

—¿Y vuestras haciendas en España? ¿y vuestro marquesado?

A pesar de los esfuerzos del conde, una expresión irónica vino á mezclarse en su respuesta.

—¡Ah! ¡ah! ¡Mis haciendas en España! ¡Mi marquesado! ¡Parece que no olvidais nada, monsieur Desronest! pero eso no merece, sin embargo, llamar vuestra atención, y debo deciros que si no lo he contado entre mis rentas, es porque nada ha producido desde 1823. Entonces había hecho la guerra de España, y la munificencia del rey Fernando VII, me concedió, en pago de algunos servicios, una propiedad con el título de marqués... Si al yerno que yo elija le gusta este título, podrá tomarle, y veo que no lo ignorais sin duda.

Y el conde se echó á reír, añadiendo:

—¿Pero cómo un demócrata como vos, permitiría á su hijo que se llamase el señor marqués?

—Yo me llamaría el señor baron sin la revolución de 1848, dijo el banquero bajando la voz misteriosamente.

El conde soltó una carcaja que le fué imposible reprimir.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS. —DE LOS COLORES. —Se creía antiguamente que la luz fuera un cuerpo simple; pero Newton descubrió que se componía de diferentes partes, cada una de las cuales tenía y tiene, en efecto, un grado diferente de refranjibilidad. Esta verdad la podrá ver demostrada cualquiera que guste ha-

cer un experimento sumamente sencillo y de ningún costo, que es el siguiente:

Ciérrense todas las puertas y ventanas de un aposento para que quede en completa oscuridad; hágase un pequeño agujero en el postigo, y que sea el único por donde entren los rayos solares; cójase un vidrio de forma triangular, que es lo que se llama prisma, y pásense por él dichos rayos del sol.

Como el prisma no puede reunirlos en un foco, sufre diferentes grados de refracción, y son separados en siete colores que aparecerán clara y distintamente marcados en una superficie blanca que se aplique para recogerlos, á saber: *encarnado, naranja, amarillo, verde, azul turquí, azul celeste, violado ó color de violeta*, con sus varios matices.

En el punto en que se recogen dichos siete colores, se forma una imagen oblonga que se llama espectro solar, cuya imagen, si se divide en 360 partes, corresponderán 45 de ellas al encarnado, 27 al naranja, 48 al amarillo, 60 al verde, 60 al azul celeste, 40 al turquí y 80 al violado. Esta es la exacta división de los colores.

Algunos filósofos, sin embargo, han opinado que no había mas que tres colores originales, á saber: el encarnado, el amarillo y el azul celeste; y que todos los demás eran modificaciones de dichas tres raíces. Reforzaban su argumento con decir que el naranja no era mas que una mezcla del encarnado y amarillo; el verde otra mezcla del amarillo y azul celeste, y que el violeta era una débil tinta del turquí.

El blanco, que es una luz sin color, tal como la que nos viene del sol, contiene todos los colores simples, y es formado por los mismos mezclados en debida proporción, y agitados con velocidad; y el negro puro no es mas que una privación de toda luz, simple ó compuesta. Así, pues, puede decirse que ni uno ni otro son colores.

Se supone que los colores existen tan solo en la luz que arrojan los cuerpos luminosos, como el sol, la llama, etc., y que al caer aquella luz sobre los diferentes objetos, es separada en sus siete colores primitivos, algunos de los cuales son absorbidos, y otros reflejados; y estos rayos reflejados son los que fijan su color respectivo. Así, pues, un paño verde tan solo refleja los rayos verdes, el azul tan solo los rayos azules, y así de los demás; en lo cual consiste la teoría de los colores; es decir, en que cada cuerpo absorbe los rayos extraños que lo hieren, y tan solo se asimila y refleja los que le son propios.

La blancura de los cuerpos, según hemos dicho, es causada por la virtud que estos tienen de reflejar todos los rayos de luz que caen sobre ellos, como sucede con el papel y con la nieve, estando bien reconocido que de la confusa mezcla de todos los colores resulta que aparezcan las imágenes blancas á la vista.

La blancura que presenta el sol procede de esta misma mezcla confusa de los colores primitivos, y se prueba al observar que cuando por medio de una lente se intercepta alguno de los colores, ya no aparece tan blanca la imagen;

cuando se reúnen varios en un solo rayo es dicha imagen blanquecina oscura; pero cuando se recogen ó se mezclan todos se forma una blancura resplandeciente. El diamante, por ejemplo, debe todo su brillo á la virtud de reflejar todos los rayos de luz que caen sobre él.

Según Newton, los colores se forman de la reflexión de los diferentes rayos de luz que tienen algun matiz. Es asimismo opinión del citado sabio, que toda sustancia natural es trasparente desde el momento en que queda reducida á cierto grado de delgadez. Hay algunos intermedios transparentes que reflejan cierta clase de colores, y transmiten otros. El oro refleja el amarillo y transmite el verde cuando se espone á una luz muy fuerte.

Las fibras originales de todas las sustancias, cuando están limpias de materias heterogéneas son perfectamente blancas, de cuyas partículas son reflejados los rayos de luz sobre la materia colorante de que están cubiertas; y esta materia colorante sirve para interceptar ciertos rayos en su paso por ella; otros pasan sin fijarse, y he aquí la causa de los varios colores.

De todos los fenómenos que pertenecen á los colores, el mas hermoso es sin duda alguna el *arco iris*, que es aquella faja circular adornada de los siete colores primitivos, que se percibe en el cielo cuando teniendo la espalda

rior muy apagado. En el primero, procediendo de abajo arriba, se ve primero el violado, después el azul turquí, azul celeste, verde, amarillo, naranja y encarnado; en el arco exterior están los colores en orden inverso.

UN CEMENTERIO EN CONSTANTINOPLA.—Habiendo un viajero de la hermosura y grandiosidad de Constantinopla, se espresa en estos términos. Este espectáculo, para decirlo de una vez, es tan hermoso, que es preciso verle en todas las horas y épocas del año, para gozar completamente del placer que ofrecen aquellos encantadores parajes. Baghtchi-Kapoussi, puerta por donde se pasa para entrar en la ciudad, está junto al patio de la mezquita de Yeni ó sultana Validé. Bella á la vez que pintoresca, sus fachadas, sus puertas y patio interior merecen un serio exámen. Menos el santuario, puede visitarlo cualquier cristiano libremente. Aquel patio es propiamente un bazar, donde acampan, á la sombra de hermosos y elevados plátanos, alrededor de saltadoras fuentes, los mercaderes de perfumes y de rosarios.

Atravesada la elevada y curiosa galería de tanta variedad de colores, la calle está llena de toda clase de tiendas, confiterías, pastelerías, fondas adornadas de esculturas y cuadros. Luego se ven los quincalleros, los judíos vendedores de mil cosas indescriptibles. Allí se disfruta de un clima dulce y hermoso, por cuya razón, cuestan muy poco los ligeros trajes que se gastan, que apenas los destrazan las intemperies de las estaciones. Bastan para el alimento los frutos que sin gran trabajo produce la tierra, y allí por fin no existen las preocupaciones del fuego, de una habitación, ni de otras necesidades de los tristes países del Norte.

La completa narración de cuantas particularidades contiene la ciudad de Constantinopla, nos haría demasiado largos y alejaría de nuestro único objeto, que solo es hoy el presentar á nuestros lectores uno de los mas magníficos mausoleos.

Mahomet II, habiendo encontrado el cuerpo de San Cyub, compañero de armas de Osman, le erigió una mezquita, é hizo colocar en ella sus preciosas reliquias, que desde entonces han sido el objeto de la veneración de los fieles creyentes. No podría suponerse nada mas hermoso, mas grande y pintoresco á la vez, que aquel eliseo cubierto de magníficos árboles, de flores, fuentes vistosas, arroyos y tumbas de todas formas y diferentes colores. El grabado ó lámina que se acompaña podrá dar una idea de tan pintoresco laberinto. En él se ve un soberbio mausoleo de mármol blanco, que sostiene una cúpula descubierta con verjas de hierro, de la misma elegante arquitectura, á imitación del de Validé sultana, la madre de Selim III.

Hemos tomado este cementerio, con el objeto de dar una idea, del lujo y poesía con que los musulmanes dulcifican el trance de la muerte, que para nosotros es tan lúgubre y espantoso.



Mujeres turcas en un cementerio.

vueltal al sol se mira una nube de la que está cayendo agua, y que se halla iluminada por este astro, para lo cual se requiere que su elevación no sea mayor de 42 grados. La opinión mas fundada es de que dicho arco iris se forma de unas gotas redondas de la lluvia que despiden la nube por dos refracciones de la luz solar, y por una reflexión entre las dos.

Se ven por lo regular dos arcos, uno interior, cuyos colores son muy vivos, y otro este-

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8